Discurso en una reunión de cadetes de la Primera Escuela Militar Unificada, nombrada en honor del Comité Central Ejecutivo de toda Rusia

León Trotsky

2 de noviembre de 1921

(Versión al castellano de Vicent Blat desde "Speech. At a Meeting of Cadets of the 1st Unified Military School Named After the All-Russia Central Executive Committee, November 2, 1921", en León Trotsky, *Materials and Documents on the History of the Red Army, The Military Writings and Speeches of Leon Trotsky How the Revolution Armed, Volume IV: The Years 1921-23*, en formato pdf sin numeración; también para las notas. Trotsky Internet Archive (descargado el 1 de abril de 2024). 2 de noviembre de 1921, de los archivos.)

¡Camaradas cadetes! Hoy, cuando hemos entrado en un nuevo período, quisiera compartir con vosotros algunas reflexiones generales sobre las tareas fundamentales de este nuevo período. Me dirijo a vosotros como futuros comandantes del Ejército Rojo Obrero y Campesino. Camaradas, el título de oficial rojo, el título de comandante, es verdaderamente el título de mayor responsabilidad imaginable. En la actualidad no tenemos frentes, pero, en virtud de su propia finalidad, el ejército existe para la guerra y, por lo tanto, todo lo que aprendéis en tiempos de paz está destinado a ser utilizado en tiempos de guerra.

Estáis estudiando para tener derecho a mandar y dar órdenes. La guerra es un asunto duro. Camaradas, nos esforzamos en poner fin a la guerra, pero ese momento no llegará hoy, ni mañana, ni pasado mañana. Tendremos que seguir luchando durante mucho tiempo. Tendrá que pasar más de un mes, quizás varios años, antes de que hayamos conquistado, para nuestro país y también para los trabajadores de otros países, para toda Europa, para el mundo entero, la posibilidad de un desarrollo libre y sin obstáculos hacia el comunismo. Tendremos que seguir luchando durante mucho tiempo. Y por eso debemos aprender a luchar como es debido.

Dije, cadetes, que vuestros estudios os darán el derecho a mandar y dar órdenes, y añadí que la guerra es un asunto severo. En tiempos de guerra no se puede discutir, persuadir o explicar. En tiempo de guerra lo único que se oye es una orden tajante, seguida de su ejecución precisa e incondicional. Un ejército en el que los hombres no saben mandar o ejecutar órdenes es un ejército inútil, un ejército acabado. Pero mandar es un asunto severo y duro. Es muy duro porque para mandar no sólo hay que ser abnegado y heroico, sino también ser capaz de responder ante uno mismo por las vidas de las decenas, luego centenares, y más tarde miles de hombres, que en tiempos de guerra se encuentran bajo las órdenes de un comandante. (Por favor, no expectoréis tanto, contagiarán a los demás. Este es también un aspecto de la disciplina personal. En una reunión bien disciplinada sólo expectoran los que realmente están resfriados, pero en una reunión indisciplinada lo hace todo el mundo, contagiándose unos a otros y distrayendo la atención). Estoy ofreciendo un informe estrictamente práctico, relacionado con vuestras responsabilidades directas e inmediatas, y por lo tanto requiero toda vuestra atención. Cada uno de vosotros que vaya a mandar tendrá, en circunstancias muy responsables y graves, que exigir que se preste atención a lo que está diciendo. Vais a dar órdenes a vuestro pelotón, compañía, batallón o regimiento, y de las palabras que pronunciéis dependerá en adelante el resultado de una pequeña escaramuza, luego de un gran enfrentamiento, después de toda una batalla, de un conflicto prolongado y, finalmente, de

la suerte de miles de hombres. Por eso, aunque un ingeniero o un médico ocupen un puesto de responsabilidad, los errores que puede cometer un ingeniero o un médico no tienen de inmediato consecuencias tan fatales como los que puede cometer un comandante.

Sin embargo, he observado con frecuencia que los soldados del Ejército Rojo son capaces de comprender y perdonar los errores cometidos por su comandante, incluso cuando han costado grandes pérdidas, siempre que el propio comandante sea capaz de darse cuenta de que ha cometido un error, siempre que no intente excusarse, sino que siga estudiando y avanzando. Pero, naturalmente, para reducir al mínimo estos futuros errores, debemos concentrar nuestra atención en la preparación que ahora estáis recibiendo. Y aquí, para apreciar las tareas del nuevo período en el que hemos entrado, necesitamos fijarnos en los dos grandes períodos que han quedado atrás.

La mayoría de vosotros sois jóvenes, la mayoría lleváis pocos meses en el Ejército Rojo, y sólo una minoría participó en la guerra civil, pero todos debéis saber que nuestro ejército se formó a toda prisa, a partir de unidades guerrilleras que se reunieron apresuradamente bajo el fuego. Se formó a partir de unidades de la Guardia Roja de trabajadores de Petrogrado y Moscú. En esas unidades, los comandantes se distinguían de los soldados rasos sólo por el hecho de que eran, tal vez, más emprendedores, políticamente más desarrollados, más valientes que el resto, pero a menudo carecían incluso de los conocimientos militares más básicos.

En ese período se desarrolló una teoría, por así decirla, del guerrillerismo revolucionario, especialmente en las zonas fronterizas, donde el nivel de desarrollo político y general de las unidades guerrilleras era más bajo. Se desarrolló un punto de vista según el cual, en un país revolucionario y en una época revolucionaria, no necesitamos un entrenamiento prolongado, ni instrucción, ni método; no necesitamos reglamentos: un punto de vista según el cual todo lo que se necesita es solidaridad revolucionaria, voluntad de luchar y morir, y con nuestras pequeñas unidades estrechamente unidas marcharemos por todo el país y, si es necesario, más allá de sus fronteras hacia otros países, conquistando en todas partes a nuestros enemigos. En el primer período, esta teoría parecía confirmada por la experiencia. ¿Por qué? Porque nuestros primeros adversarios eran bandas de guardias blancos, porque nuestro enemigo era también débil y desorganizado, sus tropas consistían en pequeñas unidades. Es cierto que, desde el punto de vista militar, esas unidades eran mejores que las nuestras. Sus comandantes eran un cuerpo coherente de oficiales del antiguo ejército, formado, además, por su élite, los más valientes en la lucha por la causa de los capitalistas y terratenientes, por la causa del antiguo régimen; pero, por otra parte, tenían pocos soldados rasos. Formaban batallones de oficiales, pero éstos carecían de una masa de suboficiales y soldados rasos, es decir, campesinos y obreros, dispuestos a seguirlos. Nuestras unidades tenían más cohesión, había más solidaridad entre nuestros débiles comandantes y sus soldados rasos, y por eso salimos victoriosos. Esto dio a algunos camaradas la impresión de que las unidades guerrilleras eran la última palabra en el arte revolucionario de la guerra.

Pero tan pronto como nuestros enemigos pudieron formar unidades más fuertes y consolidarlas en formaciones regulares, en brigadas, divisiones y cuerpos, en el sur y en el este, se hizo evidente de inmediato que las unidades guerrilleras aisladas, vacilantes, inestables y amorfas eran incapaces de hacer frente a la tarea que teníamos ante nosotros; y libramos una lucha persistente e incansable, nosotros (hablo del departamento de guerra y del partido comunista, que guía el trabajo de todos los departamentos, incluido el nuestro), libramos una lucha persistente para establecer una estructura regular para el Ejército Rojo, para sustituir las guerrillas dispersas por un sistema regular y centralizado

de administración y mando de las fuerzas combatientes de la república obrera y campesina.

Tuvimos que pasar por un largo período en 1918 y 1919 antes de que las ideas y consignas del guerrillerismo fueran finalmente superadas en las mentes de los obreros y campesinos revolucionarios, hasta que, por fin, todos comprendieron que nuestra tarea era crear un ejército regular, sistemáticamente organizado, en el que cada batallón, cada regimiento tenga su personal y su sistema regular de administración. De los regimientos se formaba una brigada, de las brigadas una división, y en tiempo de guerra éstas se formaron en ejércitos, y los ejércitos se unieron en frentes. El mando central lo ejercía el estado mayor, mientras que el mando supremo estaba, y está, en manos del Consejo de Guerra Revolucionario de la República. Este sistema centralizado fue nuestra salvación. Sin este sistema centralizado, en el que todo se concentraba en un centro de dirección y mando, habríamos perecido, pues los frentes formaban un anillo continuo a nuestro alrededor. Había frentes en el este, en el norte, en el oeste y en el sur. Nuestras fuerzas aumentaron gradualmente. Si no hubiéramos podido decidir, desde el centro, qué frente era el más peligroso en cada momento, si no hubiéramos podido decir en cada momento que descuidaríamos por el momento el frente ucraniano, o el frente del norte, dejando allí sólo una pequeña pantalla de tropas, mientras transferíamos todas nuestras fuerzas principales y recursos técnicos al frente oriental, hoy contra Kolchak o mañana contra Denikin; si, digo, no hubiéramos sido capaces, actuando desde el centro, de concentrar nuestras fuerzas en la dirección de máximo peligro, habríamos sido derrotados diez veces más durante los tres años y medio de la guerra civil.

Sólo la centralización salvó a la república soviética. Pero la centralización no es sólo un plan dibujado sobre el papel. El plan indicaba la dirección que debía seguir el trabajo en los frentes o en los distritos, por parte de los comandantes de los ejércitos, divisiones, brigadas, cuerpos, etcétera. Es fácil esbozar un plan así, un procedimiento así.

Pero era necesario metérselo en la cabeza a los hombres, hacer que los comandantes de regimiento comprendieran que debían subordinarse a los comandantes de brigada, y al principio no lo aceptaban. Al comandante de un regimiento, o de algunas unidades guerrilleras del primer período que se habían constituido en regimiento, le parecía que él mismo, sobre el terreno, comprendía mejor la situación militar, pues la importancia de la inteligencia a escala más amplia, la importancia de los informes concentrados en manos de un comandante superior, la importancia de la estrategia, de un plan operacional de alcance más amplio, para el sector en poder del ejército o incluso de la división, todo eso no lo comprendían todavía nuestras primeras unidades, reunidas apresuradamente, y sus comandantes. Y sólo gradualmente, paso a paso, la idea de una disciplina genuina, que debe ser obedecida no por miedo sino por conciencia, penetró en las mentes de los hombres del Ejército Rojo. Todo el mundo lo comprende ahora, nadie se atrevería a oponerse a ello, todo el mundo se ha dado cuenta de que, si bien el heroísmo es una cualidad necesaria, sólo trae la victoria si se combina con la disciplina. El heroísmo sin disciplina significa un despilfarro criminal de fuerzas y de vidas humanas.

De este período de guerrillerismo pasamos al período de construcción centralizada del ejército y de dirección centralizada de la guerra. Fue esto, como he dicho, lo que aseguró nuestra victoria. Pero, ¿significa esto que ahora hemos dicho la última palabra al respecto? ¿Significa esto que el Ejército Rojo es ahora todo lo que debería ser?

Vencimos a nuestros enemigos, pero lo hicimos al precio de pérdidas muy grandes. Tardamos demasiado en cada lucha, en cada guerra, en cada campaña. En todos los frentes avanzábamos, perseguíamos al enemigo y caíamos sobre él; entonces él devolvía el golpe y nosotros retrocedíamos, a menudo retirándonos más allá de la línea desde la que se había lanzado nuestra ofensiva original. Entonces, un flujo continuo de nuevas fuerzas vino en nuestra ayuda: recurrimos a nuestros cadetes, movilizamos a miles

y miles de obreros comunistas; y una vez más, con estas nuevas fuerzas, caímos sobre el enemigo. Le golpeamos dos veces y avanzamos, pero tuvimos que retroceder de nuevo y avanzar una tercera vez. El ejército no siempre mostró la necesaria firmeza interior. Hubo mucho heroísmo, que aumentó a medida que avanzaba la guerra. El plan operativo general era a menudo bueno, estaba excelentemente concebido y, sin embargo, una operación fracasaba en el preciso momento en que parecía que debía asegurar la victoria completa.

¿A qué se debieron estos contratiempos? A la insuficiente preparación de todos y cada uno de los soldados, y especialmente de los comandantes subalternos. Esta falta, esta desgracia, a saber, la insuficiente preparación de nuestros mandos subalternos, es todavía hoy el principal mal del Ejército Rojo. Y puesto que vosotros, cuando salgáis de esta escuela, ocuparéis primero puestos de comandantes subalternos, ascendiendo más tarde a tareas de mayor responsabilidad, nosotros, el Consejo de Guerra Revolucionario de la República, esperamos que vuestra preparación, vuestra autopreparación, nos proporcione comandantes más experimentados, más seguros de sí mismos.

La guerra, como cualquier otra actividad, camaradas, se compone de elementos pequeños y muy pequeños. Mirad un edificio muy grande y hermoso, aunque sólo sea Vasily Blazhenny[1]. Un hermoso edificio, hermosos colores: podría parecer que todo fluyó de golpe del cerebro del artista, sólo de su concepto. Pero en realidad este edificio está hecho de piezas pequeñas y muy pequeñas. Alguien tuvo que reunir los materiales, serrarlos, cepillarlos y pintarlos. Y lo mismo ocurre con todo. Una máquina que funciona sin romperse parece como si estuviera viva. En realidad, cada tuerca, palanca y tornillo de esta máquina ha sido calculado por alguien, lápiz en mano, y si algo falla en alguna palanquita, la máquina no puede funcionar. Un ejército es un edificio complejo, o una máquina animada compleja, formada por piezas pequeñas y muy pequeñas. Si las piezas no encajan, si los cálculos se han hecho mal, el resultado es que la máquina propina un golpe espantoso y, en el momento decisivo, el ejército retrocede. ¿Por qué? Tenemos decenas y cientos de ejemplos de ello. Porque los comandantes de pelotón, los comandantes de compañía, los comandantes de batallón no sabían, o se olvidaron en el momento decisivo, las reglas más simples establecidas en los reglamentos que habían estudiado; se olvidaron de su deber de informar, y eso llevó a la catástrofe. Si el comandante de una pequeña unidad hubiera informado a tiempo de lo que veía, y si hubiera tenido cuidado de que su informe llegara a su destino, podría haberse evitado una catástrofe que afectara a una unidad mayor: una brigada o un regimiento. Y porque una brigada fue tomada desprevenida, todo un ejército fue llevado a la ruina.

La falta de organización y la falta de información han caracterizado toda la historia de nuestra guerra. Os citaré un ejemplo de tiempos de paz. Hicimos maniobras en el margen derecho de Ucrania. El propósito de estas maniobras era poner a prueba al ejército, y a determinadas unidades en particular, en condiciones de paz, pero de tal manera que se intentaba simular las condiciones de guerra lo más fielmente posible. Había dos fuerzas implicadas: una llamada Fuerza Roja y la otra Fuerza Azul. Luchaban entre sí, pero ambas estaban formadas por unidades del Ejército Rojo, incluidos cadetes. Cuando el comandante de una de las fuerzas había elaborado su concepto estratégico, su plan de campaña para aplastar al enemigo, y había emitido y distribuido a los diversos comandantes subordinados las órdenes en las que plasmaba este plan, resultó que una de estas órdenes, y la más importante de ellas, no fue recibida por uno de los comandantes subordinados. ¿Por qué no la recibió? Fue enviada en motocicleta. La motocicleta estaba en malas condiciones; después de recorrer dos o tres verstas se detuvo en algún lugar, en

[1] La Pokrovsky Sobor (Catedral de la Intercesión), la iglesia de muchas cúpulas que se alza en la Plaza Roja, fue construida en la década de 1550 por Iván el Terrible para conmemorar la conquista de Kazán. El pueblo apodó a la iglesia Vasily Blazhenny ("Basilio el Bendito") en honor a un "hombre santo" que había persuadido al zar para que la construyera.

el barro, y la orden no fue entregada. Y así, camaradas, sucedió que el estado mayor había elaborado un plan, y se suponía que las unidades conocían los puntos concretos a los que debían marchar para poder preparar un golpe decisivo contra el enemigo, pero toda la operación se paralizó porque una orden que había sido redactada y escrita no llegó a su destinatario. ¿Por qué? Una motocicleta resultó inservible. Tal vez porque la motocicleta, como todos los bienes del ejército, se estaba cayendo a pedazos, o porque el motociclista era descuidado; tal vez le dieron el combustible equivocado y lo aceptó sin comprobarlo. Cien causas podrían estar en juego, pero el hecho es que la orden no llegó, los comandantes subordinados se quedaron sin guía y toda la operación fracasó.

Y eso no es todo. Cuántas órdenes he visto que han sido cuidadosamente redactadas, pero luego estropeadas por errores de transcripción. Donde debería haber puesto 14.00 horas, el oficinista ha tecleado 04.00 horas. Una gran diferencia. Y, como resultado, confusión total en la operación. Cuando el comandante recibe esta orden, se da cuenta, después de calcular el tiempo disponible, de que no le es posible llegar al punto indicado a las 04.00 horas. Se pone a reflexionar. El plazo debe ser largo: podría llegar antes de las 14.00 horas, pero la orden dice 04.00 horas, y concluye que se refiere a las 04.00 horas del día siguiente. Decide que hay un error en la orden, a saber, que las 04.00 horas del 2 de diciembre deben ser las 04.00 horas del 3 de diciembre. Tiene que suponer algo. Retrasa su salida y se presenta en el punto indicado al día siguiente. Toda la operación ha fracasado. ¿Por qué? Debido a un error cometido por el mecanógrafo al copiar la orden, y porque el personal, el propio comandante, no comprobó cada cifra en el texto mecanografiado.

¿Es posible evitar estos accidentes? Desde luego que sí. Los reglamentos establecen que las órdenes, especialmente las importantes, deben ser despachadas de varias maneras diferentes cuando sea posible, por diferentes rutas y diferentes medios de transporte, para que lleguen a su destino. Debido a los hábitos insuficientes de precisión, a la educación inadecuada de los comandantes, el ABC del trabajo militar se transgrede entre nosotros. La precisión es la virtud más escasa en nuestro país. Hoy hemos visto un pequeño ejemplo de ello. Se dispuso que la reunión de hoy comenzara a las 9 en punto. Cuando llegué, las filas apenas se acercaban a las puertas. Pregunté por qué. Me dijeron que habían estado cenando. La cena no es un terremoto inesperado. La cena es un acontecimiento que se puede calcular, reloj en mano; se podría haber previsto, y la reunión fijada para las 9.15. Aquí nos hemos equivocado un poco, quince o diez minutos. En tiempos de paz, en condiciones totalmente pacíficas, no se tuvo en cuenta la distancia del Kremlin a esta sala. Pero ¿qué pasa bajo condiciones de guerra, cuando se produce un chaparrón inesperado, algo que no estaba previsto en una orden, y todas las carreteras se convierten en una completa ciénaga, una masa de barro en la que se atascan los cañones y de la que hay que sacarlos a rastras? En tales casos los cálculos a veces se confunden, hay que estar alerta, o se puede cometer un error que será cuestión no sólo de unos minutos, sino de varias horas, incluso días, y como resultado una operación puede malograrse y colapsar.

Hubo otro caso durante las maniobras. A ambas fuerzas se les prohibió utilizar los carros de los habitantes locales para transportar a sus hombres. ¿Por qué? Para no sobrecargar innecesariamente a los campesinos. En tiempo de guerra el ejército hace uso de todos los medios que tiene a mano. Pero durante las maniobras, en un ejercicio de entrenamiento, no hay razón para imponer una carga innecesaria a los campesinos. Por eso se ordenó al ejército que se desplazara a pie, sin utilizar los vehículos de la población local. Sin embargo, cuando se desplazaban las unidades, se comprobó que una de ellas había recorrido 50 verstas en 24 horas, y que esto se había logrado transportando a los hombres en carros pertenecientes al campesinado local. Cuando se analizaron las maniobras, pregunté por qué habían hecho eso, ya que se había emitido una orden que

prohibía el uso de los vehículos de los habitantes locales. El comandante en cuestión se rascó la cabeza y dijo: "Recibimos esa orden junto con otras y no llegamos a leerla". En condiciones de guerra (y en las maniobras uno debe comportarse como si estuviera en condiciones de guerra), reciben una orden y la firman, pero luego se olvidan de hacer una pequeña cosa más: abrir el sobre, sacar la orden y leerla. Pero vuelvo a preguntaros, camaradas, ¿de qué sirve tener el mejor plan de campaña, las mejores armas, enormes gastos de nuestro país en entrenamiento, armamento y costes de transporte, si en el momento decisivo, aunque el comandante escriba una orden, sus comandantes subordinados no la leen?

¿A qué se debe todo esto? A la ausencia de esa precisión sin la cual el trabajo militar está condenado a la perdición. Por supuesto, en la medida en que se nos opusieron guardias blancos de diversos tipos, les hicimos frente con éxito; pero, supongamos que tuviéramos que luchar contra el ejército francés, ¿qué pasaría entonces? Es cierto que carecen del entusiasmo que nosotros poseemos, pero tienen mayor exactitud y precisión, sus órdenes llegan a su destino, sus órdenes se reciben y se cumplen a tiempo. Eso no ocurre en nuestro caso. La principal dificultad, camaradas, reside en los comandantes subalternos: su preparación inadecuada, su insuficiente habituación a su trabajo, a sus responsabilidades, el hecho de que no hayan sido educados suficientemente en el espíritu de exactitud, precisión, asiduidad. Un buen comandante, un buen soldado, se compone de heroísmo, disciplina y precisión. Poseemos heroísmo; poseemos disciplina, en el sentido de que apreciamos la necesidad de ella, y que la desobediencia deliberada es rara, siendo un crimen que la opinión pública del ejército considera con indignación; pero no poseemos exactitud, ni precisión, ni atención, ni vigilancia. Y mientras carezcamos de estas cualidades, el Ejército Rojo estará aún en pañales. Alardear de que somos más fuertes que nadie y de que podemos vencer a cualquiera es, mientras no dominemos las reglas más elementales y su cumplimiento, pura ligereza y superficialidad.

Ayer se celebró una reunión a la que asistieron altos mandos, estudiantes de la Academia del Estado Mayor Rojo, en la que se discutieron cuestiones de doctrina militar, esas reglas científicas que deben determinar la estructura de nuestro ejército y los métodos con los que lucha[2]. Algunos camaradas de entre nuestros jóvenes comandantes que estuvieron en los frentes de la guerra civil (hombres espléndidos, dignos de confianza, valientes, condecorados con la Orden de la Banner Roja) platearon este punto de vista: puesto que somos un ejército revolucionario, debemos, ante todo, atacar. La ley para nuestro ejército, decían, debe ser: acción ofensiva resuelta. ¿Es esto correcto? En esa forma, no es correcto. La ley para nuestro ejército debe ser vencer al enemigo y, si no se rinde, destruirlo por completo. Esa es la ley. Ya sea para avanzar o retroceder; mantenerse firme, avanzar o retroceder, vendrá dictado por las circunstancias y las condiciones. El que siempre se precipita al frente puede ser un héroe, pero en lo que respecta a la táctica y la estrategia es un carnero, no un comandante. Un carnero se precipita, pero tiene una frente fuerte y sólo arriesga su propia frente, mientras que un comandante es responsable de las frentes de los soldados a sus órdenes; y el arte de la guerra, el arte del mando, consiste en lograr resultados con un mínimo de pérdidas, con poco derramamiento de sangre. Eso es lo que hay que estudiar, por eso se han creado las escuelas militares.

He recibido una carta de un grupo de cadetes de Yekaterinoslav. Preguntan por qué tienen que hacer instrucción de armas, que ocupa mucho tiempo. Hay que conocer el fusil, saber desmontarlo y volverlo a montar, dispararlo... y con eso basta: las prácticas de armas son una pérdida de tiempo. ¿Es eso cierto? No, no es cierto. Estamos ante una supervivencia de viejas actitudes.

---

[2] "Discursos de apertura y clausura de la discusión sobre doctrina militar en la Sociedad de Ciencias Militares, adscrita a la Academia Militar del Ejército Rojo Obrero y Campesino", en esta misma serie de nuestras EIS.

Un ejército no es sólo un individuo que conoce su fusil y es capaz de dispararlo; un ejército es un conjunto conectado, homogéneo, que actúa uniformemente. En un ejército hay que conseguir que una serie de movimientos y acciones se realicen de forma bastante automática, porque en la batalla hay que saber reaccionar ante circunstancias inesperadas, como nunca se han visto, nunca se han experimentado, de modo que siempre hay que saber qué hacer sin tener que pensarlo, y por eso el manejo del fusil tiene que ser automático, mecánico. Sólo después de haber logrado esto es posible adaptar la conducta a las circunstancias locales. Y la confianza en el movimiento se consigue mediante el automatismo. Esa es la primera tarea, la más elemental, sin la cual no se llega a ninguna parte.

Naturalmente, en este asunto como en otros es posible exagerar y convertir la instrucción en una especie de dandismo, como ocurría en el antiguo ejército. En efecto, es muy agradable observar una unidad que marcha bien y cuyos movimientos son tan pulcros como si estuvieran gobernados por un cronómetro. Es un espectáculo hermoso, pero no somos lo bastante ricos como para fusionar el ejército más o menos con el ballet, aunque creo que no estaría mal, y cuando seamos más ricos y el país soviético organice fiestas nacionales y ejercicios de guerra, el ejército alcanzará una mayor perfección en este aspecto, de modo que será un placer verlo. Al fin y al cabo, se ve ballet. La idea no tiene nada de malo, pero aún no hemos llegado a ese punto. Por supuesto, necesitamos la instrucción sólo en la medida en que garantice el éxito en la batalla.

Esos movimientos elementales en los que pueden basarse la táctica y la estrategia los hacemos habituales e inconscientes automatizándolos. Como comandantes, debéis dominar este automatismo a toda costa, porque el soldado percibe muy bien, por la voz de su comandante, si está seguro de sí mismo o no. Se han escrito grandes libros sobre cómo debe dar órdenes un comandante, cómo debe hablar. El soldado, el soldado del Ejército Rojo, ejecutará una orden con precisión y agudeza si la voz del comandante es clara y nítida, si el comandante siente dentro de sí mismo que puede dar órdenes. Si no está seguro de sí mismo, si se confunde y su palabra de mando suena más como una petición o una propuesta, toda la unidad percibe que el comandante carece de confianza en sí mismo. Ay de esa unidad, y ay de ese comandante (sería mejor que le colgaran una piedra de molino al cuello, como dicen las Escrituras, y que se ahogara en el fondo del mar [Mateo 18:6.], que asumir él mismo el papel de comandante.

Vais a tener que mandar, y para ello necesitaréis conocer el reglamento. Al principio de la revolución se habló mucho de este asunto. Se decía que los antiguos reglamentos eran letra muerta y que nosotros, como ejército revolucionario, basado en la conciencia, en el ímpetu político y revolucionario, no necesitábamos reglamentos. Esto era un gran y burdo engaño. El comandante necesita el reglamento del mismo modo que un constructor necesita la aritmética. Un constructor puede ser un hombre de talento, pero si no sabe medir alguna sección de la estructura que está levantando, no conseguirá construir nada. La aritmética es el resultado del trabajo de la humanidad en el pasado, y no hay necesidad de crearla de nuevo. En la aritmética encontramos las reglas para sumar y restar, multiplicar y dividir, que fueron pensadas antes de nuestra época, y sólo tenemos que aplicarlas. Del mismo modo, en materia militar hay una serie de reglas que se derivan de la experiencia pasada y que están escritas en los reglamentos. Cuántas veces se ha observado a jóvenes comandantes graduados en nuestras escuelas de la capital (o en otras escuelas en las que el periodo de formación era mucho más corto) que no querían estudiar el reglamento, considerándolo aburrido y una pérdida de esfuerzo. Pero cuando se veían envueltos en una batalla y se enfrentaban a ella, porque no se habían colocado centinelas, porque no había disciplina de marcha, porque no se habían llevado a cabo reconocimientos ni se habían enviado informes, y porque no les llegaban órdenes del cuartel general, entonces los párrafos del reglamento pasaban por sus mentes: habían oído

algo, leído algo, si tan sólo pudieran recordar qué era, eso les diría lo que tenían que hacer. Sólo después de esa experiencia, esos comandantes adquirían un interés muy activo por la letra muerta del reglamento. Por supuesto, la tarea del maestro consiste en llenar de contenido vivo los párrafos del reglamento, pero ese objetivo sólo puede alcanzarse si cada uno de vosotros recuerda, cada día y cada hora, que está siendo preparado para aplicar este reglamento en relación no sólo con las condiciones locales particulares, sino también con los cuerpos de decenas y centenares de sus camaradas de armas, los soldados obreros y campesinos del Ejército Rojo.

Aquí debo referirme a ciertos asuntos que están muy mal entre nosotros, asuntos estrechamente ligados a la precisión, a la atención a los detalles particulares. Me refiero a la cuestión de la propiedad de nuestro ejército, empezando por las botas y terminando por los caballos y los rifles. Todo está en un estado espantoso, y esto atestigua la extrema inmadurez del ejército, su atraso y falta de cultura militar. Hace algunas semanas pedí a nuestros órganos de abastecimiento y a la inspección adjunta al Consejo de Guerra Revolucionario de la República que me dieran datos sobre los casos más clamorosos de descuido, despilfarro y negligencia en el tratamiento de las casacas, los edificios de los cuarteles, los caballos y los fusiles. Algunos de mis informantes me enviaron un montón de casos de este tipo, mientras que otros me contestaron que eran tantos que resultaba difícil enumerarlos.

Los fusiles se desgastan mucho en tiempos de guerra. Tanto en la guerra imperialista como en nuestra guerra civil, más del 80% de todos los fusiles se desgastaron en el transcurso de un año, es decir, casi toda la cantidad en manos del ejército activo. A lo largo del año cada uno de ellos fue sustituido una vez, bien porque se había perdido en el campo de batalla o porque estaba desgastado. En tiempos de paz, antes de la guerra imperialista, este desgaste ascendía al 3% anual, es decir, de 100 fusiles, se sustituían tres en el curso de un año, o 3.000 de 100.000 o 15.000 de 500.000. Así, durante un año, el ejército tuvo que encontrar 15.000 fusiles nuevos en total. Gastamos el 80 por ciento de nuestros fusiles en tiempo de guerra, pero no cabe duda de que nuestro gasto ahora, en tiempo de paz, es mayor que el 3 por ciento. ¿Por qué? Porque no sabemos cuidar nuestros fusiles, no los limpiamos, no hay hábito de atención, no hay precisión. Este es el principal defecto contra el que debemos luchar con palabras y hechos, con órdenes y sanciones, porque nuestro agotado país no puede, en tiempos de paz, sustituir el 20%, el 30% e incluso más de sus fusiles cada año. Debemos volver al antiguo porcentaje de antes de la guerra, es decir, un desperdicio anual no superior al 3% de nuestros fusiles.

¿Y qué hay de las botas y los abrigos? Nuestro ejército contaba con un gran porcentaje de soldados descalzos y mal vestidos en todos los frentes, y perdimos batallas y campañas enteras por falta de abrigos y botas. En su momento, informé al gobierno de que no conseguimos la victoria completa en la campaña de Polonia porque no había suficientes abrigos ni botas para los meses de invierno. Si en agosto del año pasado hubiéramos tenido un número suficiente de casacas y botas en el frente del oeste, podríamos haber instruido sin obstáculos a las decenas de miles de jóvenes del Ejército Rojo que enviamos allí. Pero no pudimos hacerlo, porque llegó la lluvia y el frío y nuestros hombres estaban descalzos y sin abrigos. Al mismo tiempo, camaradas, no hay otro ejército en el que se haya gastado tan frenéticamente en botas y abrigos como en el nuestro, en nuestro agotado y casi empobrecido país de obreros y campesinos. Os digo, futuros comandantes, que no es cosa de broma.

¿Qué ha provocado todo esto? Falta de contabilidad, falta de atención. Los registros de equipos individuales, los libros de servicio de los soldados del Ejército Rojo, en los que se registra todo lo que se les entrega, se distribuyen muy lentamente. ¿Por qué? Por muchas razones, analfabetismo, insuficiente atención por parte de los mandos subalternos, los mandos de pelotón, compañía y batallón, que no observan, que no

observan persistentemente con mirada de maestro en este asunto. Si las cosas siguen así, desaparecerán el doble de casacas y botas, y cuando llegue el momento de combatir, el soldado del Ejército Rojo estará descalzo y desnudo. Estos son hechos demostrados por la experiencia de nuestra guerra.

Tomaré un ejemplo que ilustra especialmente bien este hecho. En cierta división hay dos regimientos. En uno de ellos hay un buen comandante y un buen comisario. Entregan algunas propiedades del ejército a un comandante de pelotón que ha venido de esta escuela del Kremlin, o de alguna otra escuela, y le transmiten una actitud económica, empresarial y atenta a sus responsabilidades. Junto a este regimiento hay otro, en el que el comandante, aunque sea un héroe, es un tipo de soldado desordenado y sin espíritu empresarial: sus comandantes subordinados no reciben de él ningún buen ejemplo, ninguna educación. Y así tenemos dos regimientos en una misma división, que reciben exactamente el mismo equipo y demás, pero la diferencia entre ellos es colosal. En un regimiento tienen casi todo lo que necesitan, e incluso hay un pequeño almacén de cosas guardadas para un día lluvioso. Si falta forraje, toman medidas para procurárselo en el bosque; se anticipan a los tiempos difíciles que puedan venir. (Hay un comandante así aquí en Moscú: solía comandar la 36 División de Infantería, que ahora ha sido disuelta). Pero en el otro regimiento todo está en completo desorden.

En el distrito militar de Moscú, una comisión llevó a cabo un control sobre el estado de los caballos del ejército en los alrededores de Moscú. Una vez examiné una orden relativa a este asunto emitida por Muralov, el comandante de las tropas de este distrito, y me quedé asombrado: los regimientos 316, 317 y 320 reciben todos lo mismo, y sin embargo la diferencia entre ellos es colosal. En el Regimiento 316, el cuidado de los caballos es insatisfactorio, y los caballos tienen sarna. En el 317º la situación es buena: limpieza y orden en los establos. En el 320º tienen cepillos y peines, pero la limpieza no se hace bien. En cuanto a la escuela de la división, que debería ser un modelo, un semillero de orden, leo: limpieza y mantenimiento malos, colas y crines cortadas irregularmente, caballos raramente cepillados, aunque no hay escasez de cepillos y peines, escuadrones de faena no detallados para el trabajo, lista compilada incorrectamente, procedimiento para el ejercicio no conocido, ninguna inspección o supervisión veterinaria realizada. Todo el cuerpo de comandantes y comisarios muestra indiferencia a las instrucciones de la inspección. ¿Y dónde está esto? En la escuela de división. Hace dos o tres semanas envié una nueva comisión inspectora, compuesta por personas muy responsables y experimentadas, para ver si se había producido algún cambio. Resultó que no. Los que eran buenos habían mejorado aún más, pero los que eran malos no habían mejorado lo más mínimo.

A menudo oís, en estos días, y después lo experimentáis, que somos muy pobres, que carecemos no sólo de forraje, sino también de cepillos y almohazas. En esta escuela, aunque vosotros también paséis algunas penurias, camaradas cadetes del Kremlin, están, sin embargo, bajo condiciones muy favorables en comparación con las que existen en todas las demás escuelas. La gente dice: ¿cómo podemos limpiar nuestras botas si no tenemos grasa, o cómo podemos cepillar a nuestros caballos si no tenemos cepillos? Pero he citado un ejemplo de cómo son las cosas en una misma división. Qué inmensa diferencia: bajo un comandante, limpieza, orden ejemplar; bajo el otro, todo lo contrario. Y esto depende, sobre todo, de los comandantes.

Hemos pasado por una fase en la que hubo una destrucción bárbara de todos los edificios que se convirtieron en cuarteles. Nunca se ha visto un despilfarro tan espantoso, un trato tan gratuito de los edificios como el que hemos visto aquí en el período pasado. La semana pasada pedí algunos datos al respecto. Me dieron tantos que me resulta imposible dar detalles. La gente lo destrozaba todo, arrancaba las instalaciones al marcharse, rompía las ventanas, obstruía las letrinas... ya me entienden, tiraban cualquier

cosa dentro, empezando por los trapos viejos. Las tuberías se congelaron y reventaron, y se formaron lagos en las plantas bajas. Muchos edificios que ocupaban los soldados del Ejército Rojo estaban en estas condiciones, y los cadetes no eran mejores que los demás en este aspecto. Si una unidad está estacionada, los hombres recuerdan que van a tener que pasar el invierno en ese mismo edificio, y si rompen las ventanas se congelarán. Durante la guerra, cuando las unidades se trasladaban con frecuencia de un lugar a otro, una unidad dejaba a la siguiente una herencia de locales destrozados. Esto se convirtió en una epidemia habitual. No existía la más simple educación cívica, ni el sentido de que el edificio en cuestión era propiedad pública. Seguía prevaleciendo la vieja actitud del esclavo hacia lo que pertenece al estado, al zar, al gobierno; y cuando los comandantes omiten prestar atención a esto, es una falta muy grave por su parte.

Para los cadetes de la escuela del Kremlin, camaradas, se ha hecho un esfuerzo para crear aquí en el Kremlin un cierto mínimo de comodidad, tanto para el estudio como para la vida personal. Es una comodidad muy modesta, pero ustedes se encuentran en una situación más privilegiada que otras escuelas, y esperamos que mantengan el orden para que podamos traer aquí a otras personas y mostrarles cómo se vive con limpieza: sin pintadas en las paredes, sin cigarrillos en el suelo, sin escupir por todas partes. Ese tipo de libertinaje medio en broma y medio sin pensar se apodera fácilmente de unidades enteras: un soldado corta un poco aquí, otro añade su contribución y, al final, he aquí que todo el lugar está hecho un desastre en pocas semanas.

Vosotros sabéis que tenemos una brigada de obras. Nos han informado de que, debido a nuestra falta de materiales, no sólo no podrán realizar un trabajo de reparación más completo, sino que ni siquiera conseguirán arreglar los desperfectos que se producen a diario. Por esta razón, el comandante de la brigada dice que, si vosotros os ocuparais del edificio, eso sería más ventajoso para nosotros que si hubiera que hacer obras o reparaciones. Mientras se llevan a cabo las reparaciones, se producen más daños de los que se pueden reparar. Ha habido docenas de informes de este tipo.

Pregunté al Jefe de la Administración de Cría Caballar cómo tratan nuestros comandantes a nuestros caballos, y recibí la respuesta de que, por lo que habían visto, el trato es duro, inhumano. No todos se comportan así, por supuesto, como sé perfectamente, pero esos casos existen. El trato descuidado de los caballos es inadmisible, ya que sólo tenemos la mitad de caballos que antes de la guerra, y esta situación está empeorando, no sólo por nuestra pobreza, es decir, por la escasez de forraje, sino también por el trato descuidado de los caballos que tenemos. Puedo decir, más bien, que nuestra pobreza ha sido el resultado de nuestro descuido: como ya he mencionado, en nuestro ejército los cascos y las botas se gastan más rápido que en cualquier otro ejército del mundo. Lo mismo puede decirse del resto de los bienes del ejército. ¿De qué sirve un plan operativo y una moral excelente si, cuando avanzamos, se nos caen las suelas de las botas? Las botas están cosidas, por supuesto, con un material que no es de la mejor calidad, pero ¿por qué? Porque hay que hacer el doble, debido a nuestra falta de puntillosidad, por no engrasar las botas cuando hay que engrasarlas.

En la reunión de comandantes de la guarnición de Moscú dije que no logramos llegar a Varsovia porque a los soldados se les cayeron las suelas de las botas, porque no las engrasaron, no habían aprendido a tratarlas con cuidado, gastaron demasiadas (y en el momento más crucial, cuando Varsovia estaba a la vista, cuando sólo teníamos que extender la mano para tomar el lugar, no pudimos lograrlo. Nuestras fuerzas eran insuficientes, porque un ejército descalzo y harapiento tiene que gastar el doble de energía. Los carros de equipaje del ejército no podían seguir el avance, y la razón por la que no podían era que los caballos estaban enfermos de sarna, y estaban enfermos porque no habían sido alimentados o aseados como debían. Un factor se combinó con otro y el

resultado fue la derrota, el fracaso de la operación, la retirada y la aniquilación de cientos o decenas de miles de hombres.

Es como si se cogiera la mejor tela, la más fuerte, y se pinchase con la aguja más fina: al retirar la aguja se ve que no ha dejado ningún rastro, que no ha hecho ningún daño a la tela. Pero si se sienta a cien hombres y se les ponen agujas en las manos, y siguen clavando las agujas en la tela durante 24 horas, todo lo que quedará de la tela serán hilos, todo se habrá deshecho. Un pequeño fallo de precisión, una leve falta de asiduidad es justamente un pinchazo con una aguja fina. Cada uno dice: ¿qué daño hace si se me cae una colilla, o escupo? Pero a veces alguien escupe, y otra persona se contagia, y una colilla puede incendiar el suelo. Estuvimos a punto de tener un incendio en el Kremlin, que podría habernos causado grandes dificultades. O, cuando una puerta no se abre, los hombres intentan abrirla con una bayoneta. ¿Cuál es el resultado? La puerta se daña y la bayoneta se dobla. Dos pequeños daños; pero, fijaos, en poco tiempo ha resultado tan dañado que no reconoceréis el edificio.

Si un hombre se encuentra en un ambiente desordenado y descuidado, no está de humor para trabajar. Por ejemplo, una fábrica, un taller. Si hay basura en el suelo del taller, el viento sopla a través de las ventanas y la lluvia entra por el techo, los trabajadores trabajarán mal, no tendrán ganas. Pero si el taller está limpio, con todo como debe estar, los hombres trabajarán el doble de bien. Lo mismo ocurre con cualquier unidad del ejército: en un lugar sucio y cubierto de saliva no se encontrará una buena unidad.

Si, en el Consejo de Guerra Revolucionario de la República, observo un escupitajo en el suelo, me apresuro a averiguar quién fue el que escupió. Puede que algunos digan: ¿qué clase de república libre es ésta si no se nos permite escupir libremente? No podemos permitir este tipo de interpretación de la libertad. Quien escupe en el suelo, escupe en el trabajo de otro; al fin y al cabo, alguien tiene que limpiarlo, barrerlo. La persona que se comporta así tiene una actitud descuidada hacia el trabajo, y es un vago. Y en la república soviética y en el ejército soviético no necesitamos vagos, camaradas. Debemos deshacernos de la dejadez, cueste lo que cueste.

En la primera época teníamos heroísmo y de sobras. Ahora, ese periodo ha quedado atrás: necesitamos heroísmo, pero este heroísmo debe estar revestido de una preocupación por la precisión. El heroísmo con un forro de preocupación por la exactitud es la mejor cualidad que necesitamos. Si cada uno de ustedes se dota de ese forro, tendremos muy buenos comandantes. Sin ella, ninguna disposición al sacrificio nos ayudará contra los nuevos ejércitos con los que tendremos que luchar. Polonia y Rumania son nuestros vecinos más cercanos. Si tenemos que luchar contra ellos, descubriremos que son más ricos en armamento que nosotros. Tenemos un servicio de inteligencia, hay una dirección de inteligencia donde recogen información sobre los ejércitos rumanos, polacos, alemanes y franceses, y a partir de esto vemos que nuestros vecinos más cercanos están haciendo enormes esfuerzos para organizar sus ejércitos y llevarlos a un nivel superior.

También debemos prestar más atención a la experiencia pasada. Los cursos de formación del Kremlin poseen su propia experiencia. Los cadetes del Kremlin lucharon en varios frentes y proporcionaron un número considerable de comandantes. No sé hasta qué punto se ha estudiado esta experiencia. ¿Conocen sus cadetes su pasado? Si no es así, ya es hora de que empiecen a conocerlo. Teníais una revista. No sé si sigue apareciendo. Debe recopilar material, hechos, las circunstancias de las acciones militares en las que participaron los cadetes del Kremlin. Si en algunas unidades hay comandantes que antes eran cadetes de la escuela del Kremlin, hay que enviarles mensajeros para que anoten lo que puedan contar sobre cómo afrontaron su papel de comandante en su primera batalla, qué carencias encontraron en sí mismos, cómo les rechinaban los dientes (no por miedo, porque afortunadamente hay pocos cobardes entre nosotros), sino porque la situación era

complicada, era una situación en la que no podían orientarse. Hay que dar una orden, y el comandante mira hacia el cuartel general, esperando recibir una de allí, pero nadie le envía ninguna orden. En esa situación, un hombre tiene que actuar por iniciativa propia, según su propio criterio. Que cuenten lo que les ha faltado, lo que su escuela no les ha dado, lo que no habían obtenido de ella, por ignorancia o descuido. Muchos cadetes del Kremlin han muerto en combate. No sé si todos esos casos han sido registrados. Supongo que no. Es necesario recopilar información sobre cómo murieron, cuáles fueron las circunstancias. Eso servirá como monumento a los caídos y como instrucción para otros. Tal vez murieron, no porque la situación lo requiriera, sino porque no estaban adecuadamente preparados para su tarea. Ese será el mejor tipo de entrenamiento y educación. Un ejército es fuerte cuando se transmite su experiencia, cuando cada unidad preserva firmemente su tradición de combate, atesora la gloria militar de su regimiento, de su escuela, de su división. Hemos entrado en un período en el que hay que fomentar este orgullo por los propios logros. Todos somos hijos del Ejército Rojo Obrero y Campesino y de la república obrera y campesina, y en este sentido los méritos de cada regimiento nos son muy queridos a todos, pero el ejército puede elevarse a un nivel superior cuando cada uno de vosotros tiene en su corazón y en su mente la historia de su propia unidad, de su propia escuela, y recuerda *sus* méritos y *sus* defectos. Hay que aumentar los méritos y eliminar los defectos.

Si bien la vocación militar es, en general, muy dura y responsable, la vocación del comandante militar es diez veces más dura y responsable que la del militar de filas. Puesto que la revolución y la clase obrera necesitan al Ejército Rojo (y lo necesitan), el Ejército Rojo debe ser capaz de cumplir su papel en todos los aspectos. Necesitamos no sólo comandantes, sino comandantes expertos. El ejército se está reduciendo. Se ha reducido a un tercio de su tamaño del año pasado. Ha perdido en cantidad, pero debe ganar en calidad. Cada comandante, cada soldado, debe realizar el trabajo militar que antes hacían tres o cinco hombres, porque antes llenábamos los huecos mediante números masivos. Sufrimos grandes pérdidas, lanzando dos o tres divisiones donde la tarea podría haber sido realizada por una división, y esto lo hicimos por falta de habilidad, a causa de la instrucción inadecuada. Ha llegado el momento de sustituir la cantidad por la calidad.

La escuela del Kremlin cuenta con unas condiciones comparativamente favorables, dada nuestra difícil situación, nuestra pobreza.

El departamento de guerra hace todo lo posible para que esta situación no empeore: en el futuro, cuando seamos más ricos, la mejoraremos. Sin exagerar, los ojos del mundo están puestos en la escuela del Kremlin: se considera que representa al Ejército Rojo de obreros y campesinos. ¿Por qué? Porque cuando los extranjeros (amigos o enemigos) visitan el Kremlin, ven, en primer lugar, a los cadetes del Kremlin. En los desfiles y las revistas que celebramos en la Plaza Roja en honor de la Internacional, en los que están presentes diplomáticos extranjeros, entre los que hay hombres de alta educación militar y con ojo agudo de soldado, estas personas vuelven a ver, en primer lugar, a los cadetes del Kremlin, y se dicen: si los caballos de los cadetes del Kremlin están en malas condiciones, ¿cómo deben estar los demás? O, por el contrario, si los cadetes del Kremlin tienen buen aspecto, eso da la impresión de que todo el ejército es bueno. A los ojos del mundo entero, los cadetes del Kremlin son un modelo del Ejército Rojo. Nuestra tarea consiste en lograr que la escuela del Kremlin se convierta en un modelo en todos los aspectos: en cuanto a su espíritu (solidaridad revolucionaria, moral revolucionaria); en cuanto a la instrucción, la administración, la táctica; en cuanto a la precisión, la asiduidad, la conciencia; en resumen, en todos los aspectos. Por esa razón, el Consejo de Guerra Revolucionario de la República, y yo en particular, os vigilaremos con frecuencia. Tanto a través de una comisión como directamente, inspeccionaremos estos locales. Os lo advierto.

Puede ser que, a escondidas, ya que la disciplina no permite que se haga en voz alta, a veces alguien nos maldecirá por ser tan exigentes: por haberte echado la bronca hoy, por ejemplo, porque has llegado 15 minutos tarde y porque has expectorado mucho. Pero, camaradas, si no somos tan exigentes, tan insistentes, no nos elevaremos; y eso debemos hacerlo, cueste lo que cueste.

Tenemos la costumbre de confiar en el dicho: 'De alguna manera, de cualquier modo, tal vez, probablemente'[3]. Ese es un defecto muy grande, que está especialmente desarrollado en el campesino ruso. Le presionaban desde arriba, no podía enderezar la espalda en ningún sitio, y se acostumbró a esa situación, y seguía diciendo: 'Quizás, probablemente'. Ese fue un vicio muy grande producido por la esclavitud, camaradas, y aún hoy afecta al elemento revolucionario. Necesitamos elevarnos, educarnos, y para ello necesitamos una disciplina firme, para que un hombre sea consciente de sí mismo, desde el dedo meñique del pie hasta el cerebro de la cabeza, recuerde lo que debe hacer y lo que no, dónde tirar una colilla, qué decir, qué orden dar... debe ser capaz de controlarse, de tener dominio de sí mismo. Es un gran arte que hay que aprender. Antes de que un comandante reciba el derecho a mandar a otros, debe aprender a mandarse a sí mismo, a sentir que se controla a sí mismo, que responde de sí mismo. Los cadetes del Kremlin deben ser educados en este gran arte.

El Consejo de Guerra Revolucionario de la República mantendrá la escuela del Kremlin bajo su propia observación. Debe haber limpieza y orden en todas partes, porque ése es el escenario del trabajo. Si a veces alguien se pone de mal humor y maldice, debe recordar, sin embargo, que esta exigencia nuestra no es un reproche malicioso, no se debe a malevolencia hacia vosotros, sino al deseo de ayudaros (a veces, puede ser, con medidas enérgicas) a convertiros en verdaderos comandantes, en verdaderos combatientes revolucionarios, que tienen derecho a dar órdenes a los demás, a exigir obediencia incondicional, incluso hasta la muerte, en condiciones de guerra. Que la escuela del Kremlin progrese y se fortalezca, que aumente vuestro cuidado y amor por ella; que cada uno de vosotros diga, en un momento difícil de responsabilidad militar: este hábito de mando y poder de mando me lo dio la escuela del Kremlin. Y os invito a gritar conmigo, en honor de la escuela del Kremlin Rojo, todos juntos: "¡Viva!".

Edicions Internacionals Sedov
Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano
Edicions internacionals Sedov
Germinal
germinal_1917@yahoo.es

[3] Alusión a una frase rusa que implica la suposición de que alguna empresa "saldrá bien" aunque uno no haya puesto mucho cuidado en asegurarse de que así sea.